

Dejamos de lado en este salón, la exposición retrospectiva amena, así como los *ex-libris* en ella expuestos. Por lo que a los primeros toca diremos que hemos comenzado a reunir materiales para un trabajo sobre la evolución del arte argentino hasta el siglo XIX, en que todo ello tendrá cabida, y en lo que a los segundos corresponde, recordaremos que desde algún tiempo atrás suelen publicarse en "*Anales gráficos*" artículos sobre *ex-libris* de los que algunos próximos versarán sobre los expuestos en el salón reseñado.

Narciso Binayán.

Buenos Aires, 25-V-1919.

Las conferencias del presbítero Ayala. — Algunas observaciones generales y críticas.

I. — CONSIDERACIONES GENERALES

Ha sido sin duda un verdadero acontecimiento para la Facultad de Filosofía y Letras que uno de los más ilustrados sacerdotes del clero argentino diera un breve curso de conferencias sobre temas filosóficos, en un ambiente en el que por lo común, los concurrentes no son del todo adeptos a las ideas fundamentales que representa el conferencista. Por ser la primera vez quizá que un sacerdote se atreve a extender su pensamiento más allá del círculo en que habitualmente se agita, debía despertar mucho interés en todas aquellas personas que gustan de las cuestiones filosóficas, como con evidencia lo ha demostrado el numeroso público que se halló siempre presente, para escuchar la palabra del distinguido sacerdote.

Es de advertir, por otra parte, que el padre Ayala era ya bastante conocido entre el elemento religioso, como gran orador sagrado, y también entre las personas intelectuales, como eximio conferencista.

Sus conferencias debían tener, por lo tanto, el éxito que se presumía de antemano, pues no sólo Ayala demostró ser un conocedor de la filosofía, sino también un gran expositor, dotado de un temperamento un tanto nervioso que le proporciona

esa sensibilidad especial que da vida a las abstracciones más superiores. Sabe unir con cierta peculiaridad el concepto con la imagen, que no siempre en las disertaciones filosóficas se logra con facilidad.

Pero el propósito de este escrito no es el de hacer una crónica, ni menos una síntesis de las ideas del disertante, porque el diario *La Prensa* ha resumido muy bien los puntos fundamentales de sus diversas exposiciones y sería, por consiguiente, hacer tal cosa, un trabajo de mera repetición.

El motivo que me impele a escribir estas líneas es diferente; es para manifestar mi divergencia respecto de algunas de las ideas sostenidas por Ayala, en sus conferencias, de las cuales sólo me ocuparé aquí de dos: como él ha concebido la verdad y ha interpretado el *a priori* de Kant.

Como se habrá podido notar, la crítica de Kant, fué el punto central de ataque y puntería de sus conferencias.

II. — VERDAD Y REALIDAD

El padre Ayala, en su primera conferencia, después de manifestar que las cuestiones filosóficas eran más importantes de lo que generalmente se cree, porque cuando piensa un filósofo piensa la humanidad entera, como ha dicho Balmes, pasó a tratar del problema de la verdad. Y en este punto el conferencista no ha hecho más que manifestar el pensamiento de Balmes, aunque expuso ejemplos diferentes. Así dice Balmes: "La verdad es la realidad": *Verum est quod est*, es lo que es, ha dicho San Agustín. Puede ser considerada de dos modos: en las cosas y en el entendimiento. La verdad en las cosas es la cosa misma; la verdad en el entendimiento es el conocimiento de la cosa tal como ésta es en sí. A la primera llamaremos verdad real u objetiva; a la segunda, verdad formal o subjetiva. El sol existe, esto es una verdad en la cosa; conozco que el sol existe, esto es una verdad formal, o en el entendimiento."

Tenemos, en efecto, examinando las consideraciones de Balmes y, por consiguiente, las vertidas por Ayala sobre la verdad una confusión entre la verdad y la realidad.

Vamos a demostrarlo. La verdad no es la realidad, como no es la representación que yo tengo del edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, el edificio mismo. La verdad es la realidad, pero no la realidad como cosa, sino como lo ve mi pensar, formulada mediante un juicio.

Cuando Balmes, dice que la verdad en las cosas es la cosa misma, identifica la verdad con la realidad. En efecto, sabemos que no puede haber verdad fuera del sujeto que piensa y juzga. Sin un sujeto pensante, podrán existir las cosas pero no la verdad. De modo que es completamente contradictorio decir que la verdad en las cosas, es la cosa misma es lo que es, puesto que la verdad es algo inherente al sujeto y no puede ser nunca por lo tanto la cosa misma.

Por otra parte, la verdad no está en las cosas, porque las cosas, no son por sí solas, ni verdaderas ni falsas; verdaderos y falsos sólo pueden ser nuestros juicios que formulamos sobre dichas cosas, según que haya o no correspondencia con lo que creemos de las cosas, con las cosas mismas.

Además, Balmes confunde lo que es verdad, formal o sólo lógica, con la verdad objetiva. Lo que él llama verdad lógica es lo que se denomina por lo general verdad objetiva que es la correspondencia de nuestro conocimiento con la realidad. Y por verdad lógica se entiende la verdad que corresponde a las leyes formales de nuestro pensar, como son muchas verdades de las matemáticas y de las ciencias normativas, de las cuales Balmes en su lógica no hace ninguna mención.

Me parece por lo tanto que Ayala al concebir como ha hecho Balmes la verdad, cae en un error fundamental, confundiendo la verdad con la realidad, además de no distinguir la verdadera verdad lógica.

III. — EL "A PRIORI" DE KANT

Después de haber hablado de la verdad el disertante pasó a criticar el *a priori* y los juicios sintéticos de Kant. En su crítica de los juicios, no ha hecho más que expresar lo que los otros autores muy conocidos han dicho, los cuales concluyeron,

que todos los juicios son analíticos y sintéticos al mismo tiempo.

Su crítica hubiera sido más eficiente, al indagar en primer lugar, que era un juicio, cual era su origen, de donde derivaba, tal como nos enseña la psicología genética; con esto no hubiéramos quedado en dudas, como sucede cuando se emplea la dialéctica en detrimento de las observaciones. Con saber que un juicio deriva de la disolución de una intuición, con el principiar por ese lado, todo se hubiera presentado claro, es decir que el juicio resulta de un análisis etc.

De la discusión de los juicios sintéticos del cual habla Kant en la Introducción de la Crítica de la Razón Pura y en la de los Prolegómenos, debía surgir también el problema de si el espacio y el tiempo eran *a priori*, o derivaban de la experiencia. Hoy no se discute más sobre tal punto y ha pasado a la historia de la filosofía la teoría nativista y se admite como verdad indiscutible que el tiempo y el espacio se forman a través de la experiencia y hasta hay fisiólogos que sostienen, como E. Cyon, que el tiempo y el espacio tienen órganos especiales como lo tienen los demás sentidos y que residirían en los canales semicirculares. El padre Ayala basándose de que el tiempo y el espacio son productos de la experiencia debía ir con toda su fuerza a golpear a Kant en su apriorismo, y por consiguiente debía caer fatalmente el edificio arquitectónico, que sobre esta base el filósofo de Königsberg había construido.

Los pensamientos críticos de Ayala se pueden condensar en estas pocas palabras: "El tiempo y el espacio no son formas *a priori*, no están antes de la experiencia, sino que derivan de la experiencia misma." Como vamos a demostrar el conferencista en este punto de ataque no tuvo feliz éxito, pues Kant se ha mostrado inmovible, frente a todas sus argumentaciones. Debemos notar que no es la primera vez que se le atribuye a Kant las mismas ideas que Ayala le ha atribuido, como tampoco no es el primer caso que hombres de ciencia, filósofos, etc., lean a Kant y lo interpreten erróneamente. Para leer un libro profundo hay que estar dispuesto ya de antemano para recibir esa profundidad, de lo contrario se la hallará hasta superficial, insípido y lleno de contradicciones.

Pasando a nuestra demostración debemos saber ante todo que el concepto apriorístico de Kant tiene tres significados: Primero: significa la propiedad cuyo valor es universal y absolutamente necesario, por la cual por ejemplo se distinguen las verdades matemáticas, de los simples hechos empíricos. Segundo: designa los elementos formales de la experiencia, para diferenciarlos de los materiales; y tercero, indica los elementos del conocer que tienen en el sujeto mismo su razón, en contraposición de aquellos que le son "dados". Ahora bien, según Kant nuestros conocimientos constan de los elementos necesarios: intuiciones (*Auschauungen*) y de los conceptos (*Begriffe*); los unos constituyen la materia y los otros la forma de nuestro conocer.

La materia consiste en lo múltiple intuído, la forma en su unificación o sea en la manera como las intuiciones o los fenómenos vienen a unirse. Sin ambos elementos no puede haber un verdadero conocer objetivo, porque según el gran principio de Kant *los conceptos sin las intuiciones son vacíos, las intuiciones sin los conceptos son ciegas.*

Nos falta saber ahora, para llegar a nuestro objeto, de donde viene la forma. Esta es según el gran filósofo *a priori* mientras que lo múltiple sentido es *a posteriori*. En efecto, mientras que la materia es accidental y variable, la forma es necesaria, universal, constante; cualquiera que fueran los datos de la experiencia, nosotros los reunimos siempre según principios universales y necesarios, por lo tanto *a priori*. Pero si la forma es *a priori*, ella deriva del sujeto, de nuestro pensamiento mismo. El sujeto es lo que existe anteriormente de la experiencia; el pensamiento es entonces aquello que hay de verdaderamente universal y necesario, de lo cual ya Leibniz había dicho: *Nihil est in intellectus quod prius non fuerit in sensu; excipe intellectum ipsum.* El *a priori*, lo universal y lo necesario no pueden venir sino del sujeto. Con lo dicho será fácil ver como Kant prueba la validez objetiva del *a priori*.

Según el filósofo nombrado, el *a priori* tiene valor objetivo en cuanto hace parte integrante de un conocer objetivo. Pero por sí solo, lo subjetivo, el *a priori*, independiente del elemento material, afirma Kant, no tiene ningún valor. Si se le

quita el elemento material, carece de base para afirmar la realidad. *El a priori tiene por lo tanto valor real sólo en cuanto hace parte integrante del conocer experimental.*

Así dice también E. Cassirer en su Epílogo agregado al libro "Prolegómenos" de Kant: "El espacio es meramente la forma de la intuición externa, pero no objeto alguno realmente que pueda ser considerado externamente, y no es *correlatum*, alguno de los fenómenos, sino la forma de los fenómenos mismos. El espacio, pues, no puede aparecer absolutamente "por sí solo" como algo determinante del ser de las cosas, porque no es objeto alguno, si no solamente la forma de los objetos posibles". Por lo tanto el espacio no será más que una mera posibilidad de fenómenos exteriores.

Con lo expresado, cabe preguntarnos ahora: ¿Dónde está ese *a priori* de Kant que el padre Ayala ha combatido, ese *a priori*, que es un conocer, pero que no deriva de la experiencia? No es más que una fantasía forjada a causa de una mala interpretación. El filósofo de la Crítica de la Razón Pura, nunca ha considerado innato sus formas universales y necesarias, nunca ha dicho que el espacio y el tiempo constituían un verdadero conocer separado de la intuición y claramente él dice: *los conceptos sin las intuiciones son vacíos*. Todavía sostiene Kant, que no sólo el *a priori* fuera de sus contenidos no es un conocer, sino que afirma que ni siquiera las matemáticas, son un verdadero conocer, es decir un conocer objetivo, sino en cuanto son aplicables a los hechos reales.

He aquí un punto de la "Crítica de la Razón Pura": "El espacio y el tiempo, no son algo existente fuera de nuestra representación, relaciones o propiedades de las cosas: derivan de la organización de nuestra sensibilidad. Separada y el mundo cesa de ser espacio y tiempo. Tienen realidad empírica en cuanto se extienden a todos los objetos que hieren nuestros sentidos etc".

Las dificultades que podrá haber todavía para comprender el apriorismo kantiano, serán allanadas diciendo que Kant afirma el *a priori* pero sin demostrarlo. Él dice como el *a priori* concurre a formar parte del conocer, pero nunca se ha propuesto demostrar su presencia. Es por ésto que el *a priori* de Kant

no excluye la hipótesis de su origen empírico. Kant nacido antes del evolucionismo no ha querido hacer una psicogénesis, ni tampoco una psicología. El no se pregunta cómo se forma este *a priori*, ni de dónde viene, pero lo da como hecho a la experiencia, se ocupa de presentar la obra sin demostrar su origen.

Para el filósofo de Königsberg, ninguna noción es innata, todas son adquiridas. Sólo es innata la ley de la adquisición, *les animi*. Sólo es innato el fundamento formal para la posibilidad de las representaciones no las representaciones mismas. El *a priori* se refiere a las leyes inmanentes *perpétuas* de la actividad intuitiva e intelectual. Y como hace observar Windelband entre las discusiones de los nativistas y empiristas, Kant hubiérase sido de la opinión de los segundos.

El célebre filósofo no fué en busca de las condiciones de la experiencia partiendo de su génesis sino sólo en el sentido Wolfiano, es decir de su valor exclusivamente lógico. Por esto como ha dicho muy bien Osc. Ewald la aprioridad no es para Kant, una designación psicológica sino gnoseológica.

IV. — LOS VERDADEROS ERRORES DE KANT

La causa del error del apriorismo kantiano no fué como ha creído el presbítero Ayala el haber hecho del espacio y tiempo, formas *a priori* que no derivaban de la experiencia, sino en haber analizado la experiencia en su forma ya adulta y hacer de su *a priori*, un dogma de fe, y no un hecho científico.

El yerro de Kant fué el haber prescindido en su crítica del conocimiento del origen mismo del conocer, y considerar la cuestión del significado objetivo del conocimiento, independiente de la cuestión psicológica. En suponer las formas del conocer, desconociendo la trama misma de su génesis y de sus elementos. Pero sabemos que la gnoseología se relaciona y tiene que relacionarse inevitablemente con la investigación psicológica, si quiere indagar cual es el verdadero origen de nuestros conocimientos. Y Kant al prescindir de tal investigación debía necesariamente considerar la intuición, la representación y el concepto como funciones elementales del espíritu, y con-

fundir lo que es producto de varios elementos, como algo simple.

Ahora bien; es verdad que nosotros juzgamos por medio de conceptos, recogiendo el sujeto, bajo la acción del predicado, o refiriendo un concepto a una representación, y ésto sucede porque nosotros estamos ya formados lógicamente. Pero el pensamiento lógico no es un hecho originario, sino que es un hecho derivado. En efecto, se necesitó muchos años para que la humanidad llegara al pensar lógico actual; y el pensamiento lógico en su evolución viene del pensar psicológico; primero se juzga a través de las imágenes (lógica de las imágenes según Ribot o de los receptos, según Romanes), para luego pasar a la lógica de los conceptos. El equívoco de Kant fué en tomar la experiencia como se presenta en el hombre civilizado, ayudado por el lenguaje articulado, educado ya al razonar de los conceptos, considerando por consiguiente como primitivo y originario lo que es simplemente derivado.

La experiencia, sin embargo, estudiada en su génesis, en la conciencia del hombre en su estado primitivo e inferior, ya no se nos presenta como un enigma, ni menos sobre estas vías encontramos el intrincado problema de Kant, el apriorismo.

CONCLUSIÓN

Como había dicho desde el principio de este escrito, el objeto de estas líneas era hacer presente sólo dos de mis divergencias con respecto a las ideas desarrolladas por el conferencista, y creo haber expuesto mis razones.

Por otra parte, el padre Ayala más que ser objeto de crítica, merece ser objeto de imitación por su iniciativa en divulgar los conocimientos filosóficos que en mayor grado que cualquier otra clase de saber eleva el espíritu y lo prepara no sólo para el campo de la investigación científica, libre de todos los preconceptos, sino que también la filosofía, acostumbrando al hombre a pensar, pero a pensar profundamente, echa fuertes cimientos para el interminable edificio donde habitan los más nobles y bellos ideales.

Carlos Sfondrini.